

rar; pero lo sombrío y bello y por lo que tú debieras llorar,

es que, mutilada, aleteando en la tumba, la pobre mosca quemada entona un himno á la negra antorcha.

XXXIV

EL IDILIO DE FLORIANA

La condesa Floriana se despertó cuando los bosques cantaban á media voz la vaga diana de los pájaros.

Cuando estuvo vestida, como para Julieta toda la sombría enramada palpito amorosamente.

Y cuando, blanca silueta, apareció en el balcón del patio, la alondra buscó á Romeo con la vista.

Yo corri allí á toda prisa, porque mi dicha consiste en ver levantarse las bellas por la mañana, y los astros por la noche.

II

La hora en que, rechazando el sueño, el alba abre los firmamentos, es el momento, hijas de Eva, de ir á ver diamantes.

Toda una joyería brilla, á la luz serena, en el suelo; la hierba es una pedrería, la ortiga es un estuche;

rubíes en las ninfeas, perlas en los jarales; y se diría que las hadas han desgranado sus collares.

Y nos pusimos á hacer un ramillete en el oasis; y la flor que ella prefiere es la que yo elijo.

III

Saltaba alegre en la hierba, como la linda Euryante, y mostrando el cielo soberbio, suspiraba sonriendo.

—Preferiría—decía—correr por ese hermoso campo azul, cogiendo la estrella inmortal, aun á trueque de quemarme un poco;

mas ya ves, es inaccesible (porque ella me tuteaba). Puesto que el astro es imposible, contentémonos con el clavel.

IV

Ninguna delicadeza es aquí abajo tan risueña como la de una condesa mojando en la hierba sus medias.

A gusto del viento que la lleva, en las flores, en el césped, la belleza de Celimenes toma las gracias de Susanita.

Mostraba á las vincapervincas y á las verbenas, conforme andaba, sus dos lindas piernas blancas, que no me ocultaba á mí.

Se engañaría quien creyera que los bosques no

tienen ojos y, en su negra pupila, más de un alegre destello.

Con frecuencia, todo un bosque se ocupa en ver dos piés desnudos en el baño, ó bien aquel movimiento de una enagua que hace estremecerse á Querubín.

Los acianos la encontraban bella; vibraba el viento; verdad es que se estaba más prendado de ella en el trébol y en el tomillo.

Cuando sus ligeras botinas se posaban sobre el prado encantador, aquel montón de libertinas flores levantaba alegremente la cabeza.

Y yo decía: ¡Cuidado! El lirio de los valles es indecente, y el albolol mira bajo vuestra ropa cuando pasáis.

V

Sus piés huían... ¡Qué delirio por vagar por los bosques cantadores! ¡Oh fresca y divina risa llena de aurora y de primavera!

Una suprema voluptuosidad caía de los cielos entreabiertos. Yo seguía sus piés que amo; y en los verdes quincunces,

en los vivos berrizales, burlones, siempre escapaban; y tales son los modales de la estación de los amores.

Admiro, ¡oh día que me embriaga!, ¡oh nueve hermanas!, ¡oh doble montel!, que los sabios que hacen libros sean tan topos como son,

cerrando su triste mirada ante lo que nosotros contemplamos, y cuando hacen la lista de los pájaros, de las mariposas,

de las mil cosas aladas, menos cercanas á nosotros que á los cielos, que vuelan por las avenidas del grande y misterioso parque,

en los prados, bajo los arcos, á la orilla de las aguas, espejos claros, olviden, los miserables, á esos pequeños borceguíes negros!

VI

Corríamos por las hondonadas, sueltos al viento nuestros oscuros cabellos, atormentados por las espigas, pero pagados por los perfumes.

Cada flor, cada maleza, una tras otra atraían su hermosa mirada, en la que se estremece el fulgor del bosque.

Ella sacudía las gotas de aquéllas; tierna, las respiraba, y parecía saber la mitad del secreto de todas ellas.

Un hermoso arbusto lleno de rosas y todo él tembloroso de emoción, se hizo decir mil cosas que yo hubiera querido para mí.

Conmovido, perdía yo la cabeza. ¡Cómo hartarse con aquella fiesta adorable, de una mujer y de un rosal!

Ella animaba á las ramas, á las fuentes, á los estanques y á las flores blancas y rojas, á que nos hicieran una bella primavera.

¡Cuán familiar estaba con los bosques llenos de sombra!—¡Pardiez—decía una vieja yedra—no es la primera vez, lirio, que la veo!

VII

¡Qué ramillete compusimos! Para que durase más de un día, pusimos en él algo de nuestras almas; la condesa,

ofreciéndome sucesivamente todo lo que se coge, jugaba á rehusarme la rosa ó la madre selva para concederme el beso.

Las palomas torcaces y los paros nos envidiaban á cada momento; éramos ya ángeles, aunque todavía no éramos amantes.

Sólo que su corazón me llamaba, en la sombra, hacia su corsé; en el fondo de mi sombrío sueño estremeciase una alcoba.

Aunque sumidos en las embriagueces, aunque extraviados y contentos, aunque mezclábamos caricias con los profundos soplos de los cielos,

teníamos aquella dicha tranquila que hace que el serafín encuentre un poco pesada su palma y quiera, después de todo, ser hombre.

Porque, aun allá arriba, ¡oh misterio!, se necesita, os lo digo yo, un poco de carne y de tierra para que un cielo sea paraíso.

22 junio 1859.

XXXV

¡Guarda por siempre en tu pensamiento, guarda por siempre la hermosa novela, la bella historia de nuestros amores!

¡Todo á la vez lo veo en mi pensamiento! La huella que tu pie dejara en el fondo de los bosques,

los campos, las finas hierbas que cubren los verdes senderos, y tu vestido blanco al que se adherían los escaramujos,

como si estas amorosas flores dijeran en voz baja: —¡Aquí tú! ¡Qué felices somos! ¡No te vayas!

Veo las tupidas enramadas del bosque encantador en que soñábamos, tú muy amada, yo muy amante;

donde de la negativa tierna y fiera resultaba yo vencedor, donde mi boca buscaba tu boca y tu corazón mi corazón.

¡Ven! la estación aun no ha concluído, renace el verano. Busquemos la gruta rejuvenecida que nos conoce;

allí, por la tarde, á la hora en que todo declina, en la que Dios bendice, en la que la hoja besa á la rama y el ala al nido,

todos aquellos santos objetos que nos vieron en

nuestros bellos días y que, palpitantes, suspiran por nuestros amores,

todos los huéspedes queridos de aquel sombrío bosque, pensativos y dulces, antes de dormirse, en la obscuridad, hablan de nosotros.

Allí, el petirrojo y la escarcha en sus canciones, el albolol y, en el agua corriente, los verdes berros,

la mosca de alas de oro que cruza el espacio, la onda y el viento, murmuran constantemente en voz baja tu nombre encantador.

Día y noche, por la tarde, con la aurora, en cualquier instante, unos á otros se repiten nuestros tiernos juramentos.

¡Ven al antro aquel en que les juramos descansar!
¡Ven, cambiaremos nuestras almas en un beso!

XXXVI

—¡Cómo! Pero ¿qué idea tienes, caprichosa, de querer que á esta hora en la cual, bajo la encina verde, la hierba se ofrece á nuestros pasos en el tibio bosque, te hable yo de Eylau, de Essling y de Lodi? Hablemos de nuestro amor y no de las batallas. Sí, nuestros abuelos reinaban por la guerra, y su estatura era elevada; mi padre fué uno de aquellos gigantes. Y nosotros, si mañana es necesario desafiar las olas, y sufrir los cielos negros después de los días prósperos; nosotros, los hijos, haríamos lo que hicieran nuestros padres, combatiríamos como ellos, aun cuando hu-

biéramos de ser tragados, con corazón igual y brazos más pequeños, y el mundo oirá entonces nuestro clarín sonoro; mas hoy te amo y me amas; la aurora llena los campos, llena los cielos, llena nuestros corazones; los gorriones se burlan fácilmente de Horacio, cuando éste tiene á su lado á Barina, conmovida y sonrosada, y pasa el tiempo hablando de otras cosas. ¿He de dejar admirados ahora á estos prados, á estos bosques, á estas aguas, por un hombre menos espiritual que un pájaro? Los bosques fueron hechos para los jóvenes amores. Bella, no me hagas ser ridículo ante las currucas. Sé clemente, y comprende que en lugares tan encantadores antes se piensa en los niños que en los abuelos. ¿Quieres que espantemos á las flores con nuestros modales tristes? ¿Quieres que nos pongamos á mal con todas las rosas? Si dije que soy discreto, te engañé, hermosa; aquí todo es alegría, acuerdo, silencio, paz; los campos y los valles son cosas tranquilas. Mira esas grutas, en las que ríe la ondina con sus manos palmípedas; mira esos matorrales que un Dios misterioso bendice; la rama sólo tiene un objeto, ocultar el nido; el amor es quien encanta á los ruiseñores, dulces chantres; las persecuciones de amantes á los antros llevan; la naturaleza no es otra cosa que una alcoba; y Venus es aquel ser cuyos desnudos senos distingúense en la sombra. Enero parte, floreal acude; el diálogo que el invierno refunfuña con la viva égloga, tórñase disputa, y el aire está lleno de un vago cántico que hace que la belleza no tenga mal corazón. Los árboles tienen necesidad, bellas, de vuestra risa; una traviesa alegría está mezclada con el céfiro; la manzana de Eva, en manos de Galatea, da contra Virgilio; y todo sería falso, tosco, apagado, si Cloe, á quien los nidos cubren de alegres murmullos, no embadurnase á Sileno con moras; y si Lidia entre ellos no estuviera como

un demonio, Menalco no sabría qué decir á Palemón. Ama y baña, cantando, tus desnudos piés en el manantial; las risas ahogadas son, bella, el recurso de los sotos tenebrosos y de los corazones palpitantes. ¡Oh profundidad salvaje y fresca de la primavera! Bajo las encinas óyense flautas alternando. ¿Quién es su dueño? Eros. ¿Y cuáles son las cadenas? Los rayos de luz, los perfumes, los suspiros, las canciones y el entrelazamiento de las flores en los arbustos. Esta naturaleza de sagrado seno no está satisfecha si os encontráis en ella y no os sentís tentado por nada. ¡Fíjate, hermosa, en el horizonte, ese inmenso idilio! Mira el helecho y la hierba y sus bancos de césped. ¿Crees que de esa sombra y de ese paisaje saldrá el consejo insensato de ser prudente, de ser frío, de no acercarse demasiado, de ser sordo á los instintos, de ser ciego á los atractivos, de negarse á entrar en el amor, esa dulce escuela, y de sustituir por Wágran, Jemmápe y Arcole las revoluciones, la patria en peligro y la ronca batalla, el tierno himeneo de abril? Tengamos, bella, por único asunto la llegada del primer soplo tibio que caldea la pollada, la apertura del lirio, las ramas en que el nido y el viento charlan á medias palabras, la penetración del sol en las hojas, el claro-oscuro de las aguas, el ramillete que tú coges, el perfume que te gusta, la claridad que ves, la hierba y la sombra, y el amor, melodía á dos voces. Aquí Pan busca á Astrea y Fauno espía á Flora. No unamos la guerra á toda esta aurora, á menos que no sea la guerra de los besos. Seamos ardientes corazones apaciguados el uno por el otro. Amemos. El mes de mayo es la estación lúcida. Kleber, como Ajax, Marceau como Alcides, nada tienen que hacer en estos campos llenos de blandos favores, en los que la primavera cuchichea en el fondo de los soñadores bosques; porque Homero no puede hacer otra cosa que asustar á

Teócrito; Mosco teme la epopeya escrita con la espada, y el grupo de pastores que bailan y cantan huye ante el divino Aquiles, el de los piés ligeros.

Entonces ella le dice en la estación de las rosas:

—Amigo, no creáis que yo escucho todo eso; y no os censuro por ello; sé que de esa manera se habla á la querida y también á la esclava. Sí, el alba esboza una fresca sonrisa en el fondo de los bosques; el dulce abril acude con un rumor de lira; los pájaros sobre quienes nada pesa, están contentos; sí, lo que debe llenar nuestros corazones son la primavera, el idilio, Flora y Maya, Astrea y el edén... También la tristeza sagrada. Aun cuando todas las flores festéjenme á cual más, yo siempre pienso en el negro campanario de Estrasburgo esclavizado, y veo, al través de la égloga llena de sombra, en el fondo del horizonte, la gran flecha sombría. ¡Ah! ¡Habládme de guerra! ¿Dónde están los fieros desafíos? Pensar en sus abuelos, es pensar en sus hijos. Para hacer héroes es por lo que es hermoso ser mujer. Tratemos de sacar otra vez al cielo alguna vieja alma; ¡pactemos un gran himeneo! Os amo, sin embargo; mas, en este obscuro y feroz bosque palpitante, la indignación, no el amor, es lo que me domina; no se tiene pudor cuando se tiene vergüenza; yo lo digo: mi país es mi único rubor; ¡no quiero un beso que no cree un vengador!

1873.

XXXVII

Á UNA INMORTAL

¡Cómo! Vos, gloria, aureola, deslumbramiento, gracia; vos que no pasáis, ¿teméis á lo que pasa? ¡Cómo! ¡Vos, belleza celeste; vos, diosa, teméis á la belleza de la tierra! ¡Vos que reináis teméis el brillo efímero de aquellas á quienes abril da vida y que son como sus centellas, que, como la verbena y la salvia y el tomillo, nacen con el brillo fugaz de la mañana, embalsaman por un momento los prados y las almedillas, y duran lo que el alba, pues son sus hijas! ¡Vos celosa! ¿De quién? ¡Vos turbada! ¿Y por qué? Vos sois el día sin noche; tú eres el amor sin fin. ¿Qué puede envidiar aquella á quien todo envidia? ¿Quién arrojaría á la belleza del trono de la vida? ¿Quién podría asir á Venus, ese diamante, y arrancarle de la frente del firmamento? Tú está tranquila en tu azul. ¿Qué te importa á tí, llama, claridad, esplendor, presente siempre como un alma, á tí, encanto del rojo abismo, hecha para el eterno beso del sol, que un rayo se pose conforme pasa sobre una flor? La estrella, en el fondo de los cielos, no tiene miedo de la rosa.

Campos Elíseos, 7 julio 1874.

XXXVIII

Horacio y tú, viejo La Fontaine, habéis dicho:
—Hay un día en que el corazón que palpita apenas,

siente como una lejana canción morir la alegría y huir el amor.

¡Oh poetas! El amor reclama cuando decís:—No amamos, lloramos, no tenemos alma, en nuestros corazones sin fuego ocultamos á Cupido, gotoso é impotente.

El tiempo de amar nunca pasa; ¡no, nunca está cerrado el corazón! Por desgracia, querido Juan, lo que se borra, lo que se va, mi dulce Horacio, es el tiempo en que uno es amado.

XXXIX

A fuerza de soñar y de ver en la llanura á una joven de ojos azules ir á la fuente, Gad notó un día que estaba enamorado. Y huyó el sueño para él. ¿Cómo rechazar aquella dolorosa preocupación? Quiso curarse de ella, pero todo fué en vano; triste, fué á sentarse á las puertas de la ciudad; y viendo pasar á un anciano, le dijo:—¡Ayudadme, señor! El viejo le oyó y acudió. Era un hombre de luenga barba gris. Las palmeras se estremecían bajo el soplo de la brisa; el sol se ocultaba en el desierto polvoriento.—¿Qué tienes?—preguntóle aquel anciano.—Soy muy desgraciado—contestó Gad. Luego agregó:—¡Desgraciado de mí! ¡Amo á una mujer!

—Tuve—dijo el anciano—ese mal que escuece en el alma, cuando era un joven de claro y brillante ojo como tú. Ahora mis cabellos están enteramente blancos, tiembla mi frente, extinguese mi vista, la edad me hiela, todo es para mí sombra; conforme los días

van pasando, la noche va descendiendo sobre mí, y sin aire y sin sostén sufro. Y mi enfermedad consiste en no tener ya la tuya.

XL

Yo oprimía tu brazo tembloroso; avanzábamos los dos juntos, ambos felices y vencedores. La noche era pura y tranquila, llenaba Dios la naturaleza, el amor inundaba nuestros corazones.

¡Tierno éxtasis! ¡Santo misterio! Nuestros espíritus conversaban entre cielo y tierra. Al través de la sombra y de sus velos, tú mirabas á las estrellas y contemplábame los astros.

Y sintiendo penetrar hasta tu alma el dulce ardor de todos aquellos mundos rojos, decías:—¡Dios del abismo, Señor, sois sublime; hicisteis los soles!

Y los astros decían en voz baja al Dios del espacio, al Dios de la eternidad:—Señor, por vos se ama; ¡grande sois vos, Dios supremo; vos hicisteis la belleza!

184..

XLI

EN EL BAILE

Ella se iba acercando, porque él hablaba en voz baja. El la decía:—Se tiene en estas ardientes diversiones una más completa libertad; entre la multitud,

uno se encuentra solo en estos dorados salones; el alegre baile nos oculta á las miradas extraviadas en un torbellino de luz.

Saltan las parejas ardientes, locamente arrastradas. Nosotros soñamos, el uno inclinado hacia el otro, un sueño acaso imposible. Sin ver esas flores, sin ver esas frentes despejadas, pasamos por este baile radiante, deslumbrados por otra invisible fiesta.

Están ellos en las voluptuosidades; nosotros nos encontramos en el amor; nuestros conmovidos corazones hállanse llenos de una misteriosa claridad; un fuego pasajero los abrasa. No pueden ver lo que nosotros contemplamos. Nuestra alma es un oscuro y celeste espejo. Tienen ellos la embriaguez, nosotros el éxtasis.

Mientras que en sus ojos brilla y luce el placer, quisiéramos, turbados por la alegría y por el ruido, que castos velos nos ocultaran. Ríe la multitud, nuestra alma está todavía más arrebatada. Para ellos, en los techos aquellos, brilla el oro; para nosotros, más arriba, las estrellas.

2 marzo 1845.

XLII

EN EL BOSQUE

Nos encontrábamos ella y yo en ese encantador abril que comienza con deslumbramiento. ¡Oh recuerdos! ¡Oh tiempos! ¡Horas desvanecidas! Iba-

mos, con el corazón henchido de éxtasis, la mano suya en mi mano, juntos por el bosque. Por tomar el sendero dejamos el camino, dejamos el sendero para caminar sobre la hierba. El cielo resplandecía con sus soberbias miradas; ella decía:—¡Te amo! Y yo sentíame dios.

A veces, junto á un manantial, nos sentábamos un momento. ¡Cuántas veces mostré su garganta á las ramas de los árboles! Ruborizada y semejante á las náyades de mármol, humedecías tus piés desnudos y blancos como la leche. Luego nos marchábamos pensativos. Me parecía, viendo á nuestro alrededor las belloritas, los alegres botones de oro, las secretas vincapervincas y los frescos alboholes regados por un agua pura, que aquellas florecillas eran todos los besos que de mi boca habían caído en la tuya durante el trayecto mientras andábamos; y la gruta feroz, y la zarza salvaje y la roca negra y calva, murmuraban, envidiosas:—¿Qué va á decir esta noche Diana, la de los castos ojos, la estrellada diosa, viendo pisoteada toda la hierba del fondo del bosque?

XLIII

La blanca Galatea, la de los lascivos hombros, que quería ser vista y huía al través de los sauces, y tiraba, al correr, manzanas á los chiquillos; Cimodocia, la de los dulces ojos, que entonaba canciones y lavaba en los arroyos sus lindas piernas desnudas, hoy, Pamelas representando las ingenuas, se ocultarían, soñando con un banquero por sultán, bajo la sagrada sombra de una madre vestida de tartán.

XLIV

SER AMADO

¡Ser amado!, esa es la cuestión, ya ves tú. Amo y se me ama. Dicho esto, todo está ya dicho. Para que yo esté orgulloso, contento; para que yo pueda respirar cómodamente, es menester que yo tenga una sombra y que diga:—¡Amemos! Es menester que otra alma se una á mi alma; es menester que, si estoy ausente, alguien se turbe, y buscándome con los ojos, murmure: ¿Dónde estará? Si nadie dice eso, yo siento sobre mí el destierro, el invierno y el anatema; soy terrible, estoy maldito. El grano que no queda en la criba es el hombre sin hogar, sin objetivo, arrojado al viento. El que no es amado, no está vivo. ¡Cómo! ¡Nadie os escoge! ¡Cómo! ¡Nada os prefiere! ¿Para qué, entonces, el universo? ¿Qué hacer del alma que se tiene? ¿Qué hacer de una mirada que nadie quiere? La vida espera el amor, el hilo busca el nudo. ¿Flotar al azar? ¡No! El temblor se apodera de nuestro ser; ábrese el porvenir como una negra ventana; ¿dónde pondrá uno su vida y su sueño? Uno se cree huérfano; el cielo parece irónico, se tiene frío. ¡Cómo! ¡No disponer de un corazón en el mundo! Nada es capaz de aplacar vergüenza tan siniestra. Se languidece, pesa la hora; el mañana, que se siente venir triste, entristece el hoy. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Se está solo en el fastidio inmenso. ¡Cuán lentamente se vacía el huso de los días! ¡Cuán pesado es el corazón cuando está vacío! ¿Cómo llevar ese peso enorme, la nada? La existencia es un hoyo de tinieblas abierto; uno se siente caer en ese precipicio.